

Los retos de la paz ante los conflictos del nuevo siglo

por D. Vicenç Fisas

*Conferencia pronunciada
el 22 de mayo de 2001*

Forum Deusto

Los retos de la paz ante los conflictos del nuevo siglo

Vicenç Fisas*

Clarificando el concepto de paz

Como ustedes saben, tanto desde el campo académico como desde el activismo vinculado al movimiento pacifista, por *paz* entendemos no tanto la ausencia de guerra o de enfrentamiento armado, como la situación ideal en la que los conflictos serían manejados sin violencia, donde quedarían satisfechas las necesidades básicas de las personas y las comunidades, y donde las diferentes expresiones de violencia física, psíquica y estructural se habrían reducido a su mínima expresión.

En este sentido, si tuviera que hablar de las *grandes amenazas a la paz* en los inicios del milenio, en propiedad tendría que referirme no sólo a las guerras, sino también y con la misma amplitud e importancia, a la crisis ecológica, al hambre y a la exclusión, para poner sólo tres de los grandes temas que la humanidad tiene pendientes. Tendría que señalar y denunciar, por ejemplo que la globalización está generando una concentración de la riqueza, de los conocimientos y del poder, así como una mundialización de la economía y un tipo de especulación financiera que genera exclusión y pobreza, y que el aparato reproductivo del sistema está basado en un modelo superproductivista depredador que provoca una permanente violencia estructural.

* Vicenç Fisas Armengol nació en Barcelona y es actualmente Titular de la Cátedra UNESCO sobre Paz y Derechos Humanos de la Universidad Autónoma de Barcelona, así como Director de la Escuela de Cultura de la Paz de dicha Universidad. Fisas es Doctor en *Peace Studies* por la Universidad de Bradford (Reino Unido). En 1988 fue Premio Nacional de Derechos Humanos. Ha sido coordinador de la campaña «Adiós a las armas» llevada a cabo por Amnistía Internacional, Greenpeace, Intermón Oxfam y Médicos Sin Fronteras, y es autor de una treintena de libros sobre temas de paz, desarme y conflictos.

El *trabajo por la paz*, por tanto, tiene que ver no sólo con los esfuerzos para que en el mundo no se produzcan conflictos armados, sino también con la universalización, ampliación y cumplimiento de los derechos humanos, la práctica de la gobernabilidad democrática, la extensión del desarme, la desmilitarización y el desarrollo sostenible, y una larga lista de temas perfectamente definidos.

En esta conferencia, no obstante, me centraré sólo en el análisis de los conflictos armados que se están produciendo en el mundo de hoy, y en la forma cómo los estamos tratando. Creo que de ahí pueden sacarse muchas lecciones, que pueden ayudar a entender mejor lo que es realmente la paz o su ausencia.

¿Cómo son los conflictos armados del nuevo siglo?

A lo largo de la década de los noventa, en el mundo se han producido 118 conflictos armados, que han implicado a 80 Estados y han producido 6 millones de muertos. Diez de estos conflictos han sido inter-estatales, mientras que los 108 restantes se han producido en el interior de los Estados. La *guerra civil* o la *guerra interna*, con independencia de la repercusión que tenga a nivel regional o internacional, es la característica más relevante de los conflictos armados actuales. De los 118 conflictos mencionados, 102 han sido guerras civiles, 5 guerras de independencia, 10 guerras entre Estados, y 1 transnacional.

Desde 1992 hay un *descenso paulatino del número total* de conflictos armados que hay en el mundo, habiendo pasado de 68 en dicho año a 47 en 1999. Este descenso es debido, más que nada, a la reducción de los conflictos armados europeos.

Muchos de estos conflictos armados vienen de lejos. Baste señalar que de los 47 conflictos armados activos en 1999, el 30 % tenían más de 20 años de *antigüedad*.

Tipología de los conflictos actuales

En las dos últimas décadas ha emergido un *nuevo tipo de violencia organizada*, especialmente en África y Europa del Este, que Mary Kaldor¹ denomina «*nuevas guerras*», que permiten realizar una distinción

¹ KALDOR, Mary, *New and old wars. Organized violence in a global era*, Stanford University Press, Stanford, 1999.

entre el concepto tradicional de «guerra» (generalmente utilizado para describir violencia entre estados o grupos organizados políticamente por razones políticas), *crimen organizado* (que es una violencia protagonizada por grupos privados organizados con fines privados, generalmente de tipo económico), y *violaciones de los derechos humanos a gran escala* (consistente en violencia protagonizada por estados o grupos políticos organizados contra personas).

Para Kaldor, las nuevas guerras deben entenderse en el marco de la globalización, y emergen en un *contexto de erosión de la autonomía de los estados*, y en algunos casos, por la desintegración de éstos. Estas guerras se dan en *contextos* donde los ingresos se reducen debido al declive de la economía, así como a la expansión de la criminalidad, la corrupción y la ineficiencia. Los objetivos de las nuevas guerras tienen que ver fundamentalmente con políticas de identidad, esto es, en reivindicaciones de poder en base a una determinada identidad (sea nacional, religiosa, lingüística o de clan), en lugar de estar basados en aspectos geopolíticos o ideológicos.

Gran número de los conflictos armados actuales se producen, pues, *en estados frágiles, fallidos, colapsados o caóticos*. La debilidad de los estados, sin embargo, no es el resultado del azar o de catástrofes naturales, sino de la combinación de dos grandes factores: por un lado, el cúmulo de diferentes manifestaciones de *violencia estructural interna* (políticas no participativas, imposibilidad de acceder a la tierra, a los bienes y a oportunidades; corrupción, clientelismo, falta de gobernabilidad, ineficiencia de los sistema de justicia, militarismo, etc.). Por otro lado, la acción de *algunas tendencias del sistema económico internacional* vinculados a la globalización, y la incapacidad de muchos estados para seguir el ritmo de la liberalización y la competencia. Estos dos factores, uno interno y otro externo, generan estados débiles y exclusión social, especialmente en los jóvenes, mujeres, ancianos, los habitantes de los suburbios urbanos, las poblaciones indígenas y las minorías. La desprotección, la vulnerabilidad extrema, la precariedad y la marginación, es caldo de cultivo para el surgimiento de diferentes manifestaciones de violencia social, cuando no de luchas internas para controlar los restos del botín.

Otra característica es la *difusión de actores*. Mientras las viejas guerras se basaban en estructuras verticales y jerarquizadas, las unidades que protagonizan las nuevas guerras incluyen una gran disparidad de actores y grupos, tales como grupos paramilitares, señores de la guerra locales, bandas criminales, fuerzas policiales, mercenarios, mili-

cias irregulares, grupos privados de seguridad, guerrillas, narcotraficantes, grupos integristas armados, sicarios, bandas rivales, clanes armados, terroristas, niños soldado, mafias, traficantes de armas, grupos de autodefensa, etc. La gestión y el tratamiento de dichos conflictos resulta mucho más complicado debido a esta proliferación de actores.

Con nuevos actores, no es extraño que también hayan surgido o que se hayan desarrollado *nuevos métodos y estrategias*: Limpieza étnica, genocidio, violaciones, extorsión, mutilación, terrorismo, depredación comunitaria, desapariciones, ejecuciones sumarias, reclutamiento forzoso, ecocidio, intifada, secuestros, masacres... La memoria de estos horrores perpetúa el sentido de identidad de grupo, facilita los ciclos de venganza y la intratabilidad del conflicto. «Cuando el Estado pierde el control de la guerra, cuando la guerra se convierte en coto vedado de ejércitos privados, gánsteres y paramilitares, la distinción entre enfrentamiento bélico y barbarie carece de sentido»². Con frecuencia, vemos *muy poca racionalidad en el comportamiento* de los actores. Como los describe Ignatieff³, «los nuevos guerreros son jóvenes descalzos con kalashnikovs, paramilitares con gafas de sol envolventes, fanáticos con turbante de talibán que dejan sus esterillas para la oración junto a sus fusiles. Parten de una ética de alcance particular que establece el límite de los legítimos intereses morales en la tribu, la nación o la pertenencia a una etnia. Para esta gente, los derechos humanos tienen poco o ningún valor». No ha de extrañar, por tanto, que en los nuevos conflictos, *la población civil sea el blanco*, el objetivo estratégico, no sólo la víctima.

Observamos también una mayor *complejidad de los temas en disputa*, en parte debido a la *difusión de las motivaciones*, que con frecuencia mezclan cuestiones políticas con las criminales o delictuales. Además, en estos contextos se da casi siempre una *proliferación de armas ligeras*, con lo que la mayoría de la población tiene fácil acceso a armas baratas, pequeñas y fáciles de manejar. Aunque el conflicto armado termine, las armas quedan ahí, como instrumento para ser usado en los nuevos ciclos de violencia que suelen surgir en la etapa del post-conflicto armado.

Decíamos antes que una de las características esenciales de los conflictos de hoy es que son *conflictos locales y regionales*. La consolidación de las guerras civiles tiene que ver con el *aumento de refugiados y desplazados* que hoy tenemos en el mundo, a mi entender uno de los

² IGNATIEFF, Michael, *El honor del guerrero*, Taurus, 1999, p. 151.

³ *Ibid*, p. 9.

aspectos más lamentables del nuevo siglo, y uno de los indicadores de la pérdida de la decencia de la humanidad.

Observamos igualmente que en la mayoría de los conflictos internos se producen grandes *asimetrías de poder*, y que en estos casos, los gobiernos son reticentes a aceptar nada que no sea una victoria total. Otra característica de muchos conflictos es su *focalización*, esto es, que están localizados muchas veces en sólo una parte del país, lo que dificulta su correcto tratamiento, al producirse una falsa sensación de paz en otras zonas.

Quiero finalizar este apartado señalando un aspecto muy importante y preocupante, a saber, el *surgimiento de una nueva economía de guerra*⁴, basada en la depredación de las propias comunidades, la extorsión, el mercado negro, el apoyo de las diásporas y de los países vecinos, el tráfico de armas, drogas, petróleo o diamantes, etc., de manera que la lógica de la guerra se construye sobre el funcionamiento de este tipo de economía. Existe toda una serie de estrategias económicas puestas en marcha por los actores político-militares para financiar su lucha, controlar a las poblaciones y apropiarse de las prerogativas del Estado. François Jean y Jean-Christophe Rufin, en su libro sobre «Economía de las guerras civiles», distinguen entre las «economías de guerra cerradas», en las que una fuerza de guerrilla o un grupo rebelde opera desde el interior de un territorio, sin disponer de otros recursos que aquellos que pueden procurarse en el lugar, de las «economías de guerra abiertas», en las que los grupos armados instalan sus bases en un país vecino o se aprovechan de la ayuda humanitaria, utilizando los campos de refugiados como bases de reavituallamiento. Volveremos sobre este tema posteriormente.

Las causas y los factores de riesgo

Lo primero que hay que señalar es que *no hay una única causa, sino varias*. Lo importante es ver cómo interactúan, y conocer la capacidad y las estrategias que pueden tener los líderes políticos para movilizar a la gente. Siempre hay unas *causas más de fondo, estructurales*, que dividen a la gente, y no a nivel individual, sino como grupos, creando exclusiones y diferencias.

Si observamos especialmente los conflictos prolongados, como los del Líbano, Sri Lanka, Filipinas, Irlanda, Etiopía, Israel, Chipre, Irán, Ni-

⁴ JEAN, François y RUFIN, Jean-Christophe, *Économie des guerres civiles*, Hachette, Paris, 1996.

geria o Sudáfrica, veremos luchas de comunidades para *asegurarse sus necesidades básicas*, como seguridad, reconocimiento y aceptación, acceso a las instituciones políticas y participación económica. La mayoría de los analistas de conflictos armados coinciden en señalar la importancia y la significación que tienen hoy día las identidades, las ideologías excluyentes, las gobernancias frágiles y autoritarias, y las disputas sobre soberanías.

Para algunos analistas, como Paul Collier⁵, las guerras civiles ocurren cuando las organizaciones rebeldes encuentran *una financiación viable y pueden aumentar sus beneficios*. La *dimensión económica* de las guerras civiles es fundamental. La motivación de fondo es lo de menos. El comportamiento predatorio de estos grupos es consecuencia de la necesidad de obtener financiación. Esta *capacidad de predación* es lo que determina el riesgo de conflicto. Como ha señalado Rufin, por predación entendemos aquellos métodos de apropiación destructoras que tienen por resultado sustraer a la población de los máximos recursos posibles, sin hacerse responsables de las consecuencias económicas de esta expoliación. Es *la lógica del pillaje*, que suele ir de la mano de la *criminalización*, esto es, de la producción, explotación o comercialización ilegal de bienes o de servicios ilícitos, lo cual marca la entrada de un movimiento armado dentro del proceso económico, en el que intenta controlar ciertos sectores, con el fin de percibir beneficios. Lo hemos visto en Colombia, Chechenia, Bosnia, Líbano, Kurdistán, Afganistán, Camboya, Liberia, Mozambique, Angola, Sudán, los Grandes Lagos y en otros sitios.

En lógica con lo anterior, para Collier los factores de riesgo más importantes son *la dependencia de las exportaciones de materias primas*, que luego serán objeto de depredación, ya sea en la producción, el transporte o los puntos de exportación. En Biafra, Indonesia, Nigeria, Eritrea, Congo, etc., todas las rebeliones se han producido en zonas ricas en materias primas. Según el Informe del Grupo de Expertos sobre *la Explotación Ilegal de Recursos Naturales en la RD Congo*, publicado en abril del 2001, existe un claro y estrecho vínculo entre la explotación de los recursos naturales y la continuación del conflicto. Los ejércitos de Burundi, Ruanda y Uganda han expoliado a gran escala los recursos congoleños (minerales, café, madera y dinero), ya sea para llevárselos a sus países o para transferirlos a los mercados internacionales. En el expolio han participado los máximos dirigentes políticos, los ejércitos y al-

⁵ COLLIER, Paul, *Economic causes of civil conflict and their implications for policy*, World Bank, Development Research Group, junio 2000.

gunos empresarios, en una explotación sistemática y sistémica que ha contado con ramificaciones y conexiones a nivel mundial, en las que unos han intercambiado armas por recursos, y otros han facilitado el acceso a recursos financieros. De ese modo, el conflicto en la RD Congo se ha convertido principalmente en *una lucha por el acceso, control y comercio de cinco recursos minerales*: coltan, diamantes, cobre, cobalto y oro. Según el informe, importantes jefes militares de varios países necesitan este conflicto por su naturaleza lucrativa y para resolver algunos problemas internos. Así, por su *naturaleza lucrativa*, el conflicto ha creado una situación «win-win» para todos los beligerantes. Los únicos que pierden son los habitantes del Congo.

El riesgo de entrar en guerra es mayor sin concurren varias circunstancias a la vez. Para David Singer, *la peor combinación es la de un país semi-democrático, militarizado y económicamente subdesarrollado*. Para Dan Smith⁶, *la injusticia, el bajo nivel de desarrollo (o la vulnerabilidad económica) y la capacidad de movilización* son los factores clave.

La *semi-democracia* parece que es el factor que tiene más posibilidades de provocar una guerra civil⁷. Las semi-democracias no tienen ni capacidad para resolver pacíficamente sus conflictos, ni capacidad suficiente para reprimir o prevenir insurgencias. La paradoja es que los países que con fragilidad acceden o realizan un *tránsito hacia la democracia*, son los que tienen más riesgos de entrar en una guerra civil. Las transiciones son momentos de suma fragilidad, como hemos visto en la ex-Yugoslavia y en la antigua URSS, particularmente cuando se realizan en espacios donde se han desintegrado estados, federaciones. Las tensiones relacionadas con los desafíos de *la construcción de Estados y naciones* son siempre momentos de alto riesgo de conflicto.

El *subdesarrollo* es también un factor de riesgo. No hay que olvidar que *la pobreza* posibilita que un mayor número de jóvenes se sientan atraídos por los grupos rebeldes, ya que no tienen nada que perder. No obstante, a nivel estadístico no puede afirmarse que exista un automatismo entre pobreza y desigualdad y existencia de conflicto armado. Por el contrario, puede demostrarse que el conflicto de intereses surge muchas veces en *zonas de prosperidad relativa*, especialmente cuando el crecimiento es anárquico, acelerado y sin control suficiente del Estado (el Urabá colombiano), o cuando la población está muy dispersada y

⁶ SMITH, Dan, «Trends and causes of armed conflicts».

⁷ HENDERSON, Errol A; David SINGER, «Civil War in the post-colonial World, 1946-1992», *Journal of Peace Research*, mayo 2000, pp. 275-299.

el gobierno no puede controlarla (caso del Congo, por ejemplo). En otro orden de cosas, los *ajustes estructurales* y los préstamos de estabilización del FMI están provocando también gran inestabilidad en muchos países, al no tener en cuenta los aspectos sociales y distributivos de las sociedades receptoras. En lugar de erradicar la pobreza han enriquecido más a los ricos y han aumentado la corrupción⁸.

Un *gasto militar* excesivo conlleva posibilidades de estallido violento, especialmente en los estados frágiles, debido a que las élites sufren el «dilema de la inseguridad» (se sienten amenazados por elementos internos, más que externos, y temen perder el poder).

La *polarización de los grupos culturales* es también un factor de riesgo. En cambio, y contrariamente a lo que se piensa normalmente, la diversidad étnica o religiosa no es un factor de riesgo ni una causa importante de conflicto. Sí, en cambio, la presencia de *grupos etnopolíticos* (grupos étnicos polarizados con pretensiones políticas diferentes) en contextos en los que se ha perdido o deteriorado la convivencia, y cuando dichos grupos tienen capacidad de movilización, y tienen una gran diáspora en el exterior capaz de financiar una guerra. Es después cuando las partes suelen definirse a partir de sus identidades étnicas. Desgraciadamente, la etnicidad es fácilmente manipulable y politizable, en especial en sociedades que están en proceso de cambio. En tiempos de crisis, cuesta poco crear agravios, resentimientos y odios. Las diferencias étnicas, por tanto, no son la causa, sino el instrumento (casos de Yugoslavia, Ruanda, Burundi, Sri Lanka, etc.).

Finalmente, hemos de mencionar que el *deterioro ambiental* y la degradación de los recursos renovables, especialmente la erosión del suelo, la deforestación y la escasez de agua, contribuyen decisivamente al estallido de conflictos violentos, aunque como factores añadidos (casos de Haití, Filipinas y Nigeria, por ejemplo).

¿Qué lecciones podemos sacar respecto al abordaje de los conflictos armados?

Lo primero que habría que destacar es que la fascinación por la violencia que tenemos en general y desde los medios de comunicación en particular, resta visibilidad a la gran cantidad de *crisis que en*

⁸ RUPESINGHE, Kumar, *Civil Wars, Civil Peace. An introduction to Conflict Resolution*, Pluto Press, 1998.

el mundo son resueltas sin violencia, y que apenas son conocidas, seguidas y analizadas⁹.

De los 110 *conflictos armados* que se produjeron en la década 1989-1999, 75 de ellos habían terminado al finalizar 1999. Es interesante recordar que 28 % terminaron mediante *acuerdos de paz*, un 29 % por victoria/derrota de las partes, y un 43 % por otros motivos (alto el fuego, reducción del nivel de violencia, etc.).¹⁰ Estos datos nos indican que nos queda mucho todavía por aprender sobre la forma de tratar los conflictos armados.

La nueva naturaleza de los conflictos armados actuales ha dificultado su tratamiento mediante los métodos tradicionales. Como ha señalado Mary Kaldor, el hecho de que se trate de conflictos con numerosas ramificaciones sociales y económicas hace que *las aproximaciones de arriba-abajo sean a menudo un fracaso*, especialmente porque no consiguen ni persiguen restablecer un gobierno legítimo y un control de la violencia por parte de las autoridades públicas. Para muchos analistas¹¹, la *aproximación abajo-arriba* para resolver conflictos y construir la paz debería ser una de las principales características de la estrategia de intervención. En este sentido, la política actual de «peacekeeping» es culturalmente insensible, focalizando sus esfuerzos sobretodo en las negociaciones al más alto nivel diplomático y bajo prescripciones de «quick-fix» (soluciones rápidas) para procesos e instituciones de corte occidental, sin considerar apenas los recursos y tradiciones culturales autóctonas. Habría, por tanto, que poner *más atención a los actores locales y a sus propios recursos*, de la misma manera que parece relativamente cierto que habría que poner más énfasis en los aspectos y *dimensiones sociales y psicosociales*.

La realidad da la razón a gente como Burton y Galtung, cuando argumentan que los conflictos con raíces profundas están causados por la *negación de las necesidades humanas básicas, especialmente la identidad, la seguridad y la justicia distributiva*. Por tanto, no habrá un buen abordaje sobre un conflicto si no se ha llegado a conocer a fondo los *intereses profundos, los valores y las necesidades de los actores*,

⁹ Una excepción es la base de datos Kosimo sobre conflictos políticos (www.kosimo.de).

¹⁰ WALLENSTEEN, Peter & Margareta SOLLENBERG, «Armed conflict, 1989-1999», *Journal of Peace Research*, vol. 37. n.º 5, 2000, pp. 635-649.

¹¹ WOODHOUSE, Tom, Oliver RAMSBOTHAN, *Peacekeeping and Conflict Resolution*, Frank Cass, Londres, 2000.

yendo más allá de sus actitudes y expresiones públicas. De ahí la importancia de los nuevos enfoques sobre «*transformación de conflictos*» (Galtung, Lederach, Burton, Fisher, etc.), ya que permiten colocar los temas en un contexto más amplio, redefiniendo los intereses de las partes de forma que puedan ser compatibles, compartiendo la soberanía o el acceso a un recurso en disputa, incrementando el tamaño del pastel, ofreciendo compensación para las concesiones en otras áreas, etc. Aunque no puedo ofrecer estadísticas al respecto, es evidente que la mayor parte de los conflictos no han sido tratados de forma conveniente para que las partes participen en la búsqueda de una solución. Es necesario, por ello, desarrollar y practicar en mayor medida los *enfoques transformativos* de resolución de conflictos violentos, alejando a los actores del enfoque de la incompatibilidad mediante estrategias de distracción de intereses.

Por otro lado, el tipo de conflictos que vemos habitualmente sugiere la necesidad de poner más énfasis en *el análisis de las contradicciones inherentes a la estructura social*, como el proceso de organización de los actores, su influencia sobre el resto de actores, sus posiciones estructurales, su capacidad de adquirir material militar y su capacidad de involucrar a otros actores¹².

Podemos afirmar también que las «*malas, aparentes, apresuradas o falsas paces*» llevan el germen del rebrote del conflicto armado. En la década de los noventa lo hemos visto en Angola, Burundi, Camboya, Chechenia, Croacia, RD Congo, Eritrea y Etiopía, Filipinas, Kosovo, Liberia, Ruanda, Sierra Leone o Sri Lanka. En estos casos, o no ha habido una actitud sincera de alguna de las partes, o ha existido una desilusión de una o varias de las partes, o se ha firmado un acuerdo de paz en espera de obtener unos buenos resultados electorales, o se ha producido una fragmentación de uno de los actores, o simplemente no se han abordado las causas del conflicto. La *inestabilidad de muchos acuerdos de paz* es uno de los principales temas a reconsiderar de cara al futuro. Después de un *alto el fuego*, lo más frecuente es que la *violencia no desaparezca* de forma automática, aunque puede manifestarse con formas diferentes. Conviene no olvidar que los procesos de paz con frecuencia se ven amenazados por *divisiones internas* de los actores. Lo hemos visto en Oriente Próximo, en Irlanda y otros muchos sitios¹³.

¹² WALLENSTEE, Peter, «Un marco teórico para la resolución de conflictos», *IRIPAZ*. N.º 2, julio/diciembre 1990, p. 84.

¹³ DARBY, John, «Violence and Peace Processes», *Report*, The Joan B. Kroc Institute for International Peace Studies, spring 2000, pp. 1-3.

¿Y cómo negociamos los conflictos? Richard Jackson¹⁴ ha analizado casi 300 conflictos internacionales entre 1945 y 1995, en los que 171 casos (el 58 %) se han producido *experiencias de negociación*. Eso quiere decir que en el 42 % de los conflictos no se producen nunca negociaciones directas, ya sea porque los actores prefieren un arbitraje o una mediación de terceros, o porque una de las partes ha ganado por su fuerza aplastante (EEUU en Granada, por ejemplo). Es significativo, también, que de todos los intentos de negociación, en algo más de la mitad de los casos se ha fracasado. Jackson confirma de nuevo lo ya señalado anteriormente de que las negociaciones relativas a conflictos por motivos étnicos o por el acceso o control de recursos son las que más fácilmente tienen éxito, mientras que *los conflictos por cuestiones de seguridad (fronteras, por ejemplo), son más difíciles de negociar*. La negociación de conflictos tiene más posibilidades de éxito cuando la intensidad de la disputa no es muy alta, cuando no hay muchos actores, cuando las partes comparten sistemas socio-políticos o están en los mismos bloques de seguridad, si han tenido una historia de amistad previa, si han experimentado ya los costes del conflicto, si deciden por ellas mismas ir a la negociación, y cuando son los líderes quienes se encuentran.

El fin de la Guerra Fría no ha supuesto grandes variaciones en la efectividad de las *mediaciones de terceros*. Estadísticamente, puede afirmarse que tanto durante la Guerra Fría como en años posteriores, la mediación resultó ser más efectiva cuando el acuerdo fue gestionado o gestado por poderes regionales cercanos a los actores en conflicto, quizás por la cercanía cultural, lingüística o identitaria¹⁵. En todo caso, el estudio de los conflictos nos muestra que las soluciones han de basarse en *consensos locales y regionales*, no en imposiciones externas, de la misma forma que no se puede hacer una buena negociación pensando sólo en el pasado, sino *pensando en el futuro*.

El *post-conflicto* armado, como he mencionado anteriormente, es una etapa sumamente delicada. Se necesita de un nuevo modelo de ayuda para las fases de transición en un proceso de paz, basado en tres grandes objetivos (fortalecer las instituciones políticas, fortalecer la se-

¹⁴ JACKSON, Richard, «Successful Negotiation in International Violent Conflict», *Journal of Peace Research*, n.º 3, mayo 2000, pp. 323-343.

¹⁵ FREDERKING, Brian, Andrea PYATT and Shaun RANDOL, «Who You Gonna Call? Third Parties, Conflict Resolution, and the End of the Cold War» *The Online Journal of Peace and Conflict Resolution*, junio 2000, p. 9.

guridad interna y externa, y promover la revitalización económica y social. Esta fase lleva su tiempo, y acortarlo implica correr serios reveses¹⁶. La transformación de conflictos, insisto en ello, requiere de *plazos dilatados*, no de prisas y remedios a corto plazo. La visión a largo plazo es lo que permite la desmilitarización de la política, la transformación de la cultura de la violencia generada a lo largo del conflicto, instaurar una práctica de buena gobernanza, el desarrollo de la sociedad civil, la implantación de un desarrollo local sostenible y la instauración de una justicia distributiva. El trabajo a largo plazo y la participación de toda la sociedad es lo que también permitirá abordar la *reconciliación* y, siguiendo a Lederach, la creación de un espacio social donde se facilite el encuentro y el reconocimiento del pasado, visionar el futuro y avanzar hacia un replanteamiento del presente. La última década, además, ha sido rica en experiencias de *diplomacia paralela*, que convendría potenciar en el futuro, especialmente porque esta modalidad persigue un cambio transformativo de los actores y de las sociedades implicadas en un conflicto, convirtiendo a las partes en agentes de cambio social y personal.

Desde la crisis de Somalia de 1993 hasta hoy, hemos aprendido también que el tratamiento de las llamadas «*crisis humanitarias*» no debe centrarse exclusivamente o fundamentalmente en la «acción humanitaria» de las ONG, dejando de lado la actuación política de los gobiernos y de las organizaciones internacionales, que son las únicas con una verdadera capacidad para influir en la dinámica de los conflictos violentos y de ir a las raíces de los mismos. La «*humanitarización*» de los conflictos enmascara la verdadera dimensión de los mismos y obvia algo fundamental: el señalamiento y la búsqueda de los responsables de matanzas y masacres. El abuso de la compasión y la conversión del sufrimiento en espectáculo mediático son algunas de las lecciones de finales de siglo que habrá que evitar en el futuro. Tampoco hay que pasar por alto, especialmente en los conflictos de larga duración, que la ayuda humanitaria es un recurso vital tanto para las poblaciones como para los beligerantes, por lo que en numerosas ocasiones esta ayuda perpetúa el conflicto y forma parte del ciclo de la violencia (Sudán, Mozambique, Angola, Libera, Grandes Lagos, etc.).

Detrás de las crisis humanitarias de origen humano hay *factores concretos, todos ellos generadores de exclusión, desplazamientos masi-*

¹⁶ Ball, NICOLE y HAVELY, Tammy, *Making Peace Work. The Role of the International Development Community*, Overseas Development Council, 1996, Policy Essay n.º 18.

vos y *violencia*: ajustes estructurales, corrupción, rupturas de equilibrio en períodos de transición política o económica, ingobernabilidad del Estado, luchas por el poder político o por el control de territorios, discriminaciones de minorías, demandas no satisfechas de autonomía o secesión, violaciones sistemáticas de los derechos humanos, presión ecológica... Estos factores, o su interacción, son, en suma, los que provocan los conflictos armados, y es sobre ellos sobre los que habrá que incidir.

Algunas sugerencias finales

Ante las llamadas *crisis humanitarias*, tanto las organizaciones humanitarias, como el conjunto de la sociedad y los gobiernos, no pueden dedicarse exclusivamente a atender a las víctimas, en la medida que ello significa muchas veces ser cómplices en el mantenimiento de la situación. Hay que hacer algo más, como entender el origen y la raíz de las crisis, dando visibilidad a sus causas, analizando nuestras complicidades y viendo las posibilidades de intervenir, presionar o incidir.

Es absolutamente urgente desarrollar una *educación para la paz* que nos prepare para construir nuestras *identidades* sin tener que destruir las de los demás, evitando el surgimiento de situaciones límites que producen «síndromes de supervivencia» y de autodefensa a cualquier precio, la pérdida de la empatía y del sentido de humanidad. Como ha dicho Edward Said¹⁷, la única ética compatible con la paz es la que se deriva de la «realidad de los otros» y la que trata de afirmar la justicia «para todos, y no de forma selectiva para la gente que tu ambiente, tu cultura, tu nación define como adecuada».

Hay que tomarse mucho más en serio la *prevención* de conflictos violentos, entre otras cosas porque resulta mucho más barata. El coste que la guerra de Bosnia ha supuesto para la comunidad internacional ha sido de 53.680 millones de dólares entre 1992 y 1998, de los que 19.000 millones corresponden al coste militar.¹⁸

Las élites de los Estados con riesgos de entrar en un conflicto armado han de comprometerse con *políticas de plena democratización, reducción de gastos militares y desarrollo económico*. Han de procurar

¹⁷ SAID, Edward, *Representations of the Intellectual*, Pantheon Books, NY, 1994.

¹⁸ BROWN, Michael y Richard ROSECRANCE, *The costs of conflict. Prevention and cure in the global arena*, Rowman and Littlefield Publishers, NY, 1999.

que el desarrollo llegue a todos los grupos culturales *para prevenir cualquier discriminación*, que la democratización tenga un apoyo internacional y que vaya más allá de vigilar unas elecciones quizás precipitadas. Antes del desarrollo económico hay que *apuntalar la construcción del Estado* y de la nación.

El análisis de las causas de los conflictos armados nos muestra la importancia de promover una *buena gobernancia*, de *diversificar la producción*, reducir la dependencia de la exportación de unos pocos productos, de *reducir las asimetrías* y de *capacitar* a las poblaciones para ser agentes de su desarrollo, de *reforzar los derechos de las minorías* y de *implicar a las diásporas* en los procesos de paz y en la reconstrucción del país. Sabemos de sobra que la construcción de condiciones para la paz es sobre todo una tarea a realizar por los *agentes locales*. La no exclusión de los actores es, por tanto, fundamental. En este sentido, y por difícil que resulte, hay que convertir a los grupos rebeldes en agentes económicos racionales, e implicarlos mediante incentivos. En definitiva, y como corolario final, hay que *hacer que la guerra no sea beneficiosa para nadie*, lo que implica impedir que los actores accedan a los recursos que permiten dar continuidad a la guerra, ya sean diamantes, petróleo o armas. Nosotros, como consumidores o productores de algunos de estos productos, tenemos también la oportunidad de contribuir a que en las primeras décadas del siglo XXI acabemos de una vez con las guerras, que no es más que el sistema más estúpido y cruel para tratar un conflicto.